

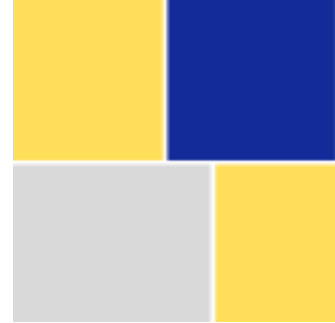
Una de las obras de no ficción más leídas en España durante este paréntesis impuesto del confinamiento durante la pandemia ha sido *El infinito en un junco*, de Irene Vallejo. La autora traza en ella un recorrido poético de la invención de los libros en el mundo antiguo: “No olvidemos que el libro ha sido nuestro aliado, desde hace muchos siglos, en una guerra que no registran los manuales de historia. La lucha por preservar nuestras creaciones valiosas: las palabras, que son apenas un soplo de aire; las ficciones que inventamos para dar sentido al caos y sobrevivir en él; los conocimientos verdaderos, falsos y siempre provisionales que vamos arañando en la roca dura de nuestra ignorancia”.

A lo largo de los siglos, la técnica de la narración de historias ha sido el instrumento más útil al servicio de construcción de liderazgos e identidades políticas. En el libro *La construcción del relato político* (2019), el catedrático de comunicación Xavier Ruiz establece que “los discursos políticos y, más específicamente, los discursos electorales, son componentes fundamentales de la vida social y política de las sociedades que articulan sus formas de gobierno en torno a la democracia liberal representativa. Los discursos electorales generan imágenes sobre los políticos, sobre las necesidades y aspiraciones de los diferentes sectores sociales, sobre las propuestas de las formaciones políticas, sobre los valores en que se asienta la convivencia, sobre los actores políticos que son adecuados o inadecuados para dirigir un país, etc.”

Efectivamente, los líderes políticos de hoy siguen siendo muy conscientes del poder de ese relato. El problema viene cuando en este mundo globalizado, veloz y limitado a 140 caracteres, desaparece en ocasiones el interés por la veracidad de lo que se cuenta y se busca solo la verosimilitud.

Cuando el razonamiento crítico desaparece para primar exclusivamente la emotividad —generadora de compromiso— y las realidades complejas se simplifican en exceso para encajar en una sola narrativa que no admite grises ni cuestionamiento. Resurgen entonces los conocidos movimientos ‘populistas’, las recetas simples, el desapego a la verdad, el ruido de la desinformación y la política que solo busca agradar ‘al pueblo’ bajo la apariencia de defender sus intereses.

El problema de Europa en este siglo XXI es que anda huérfana de relato moderno: en la cacofonía de opiniones públicas dispersas, de la conformación de narrativas a nivel local, regional y nacional, no hemos sabido superponer de manera complementaria un mismo relato coherente que aglutine los valores, objetivos y aspiraciones comunes de los casi 450 millones de europeos. El problema de Europa hoy es cómo sobrevivir a sus 27 relatos distintos.



## Viejos valores para una nueva normalidad

La Unión Europea nació en 1950 fruto de una necesidad vital: asegurar la paz en el continente tras dos guerras devastadoras, inventar una nueva solidaridad de hecho a través de intereses compartidos que empezaran por lo económico para expandirse después a lo político. La parte emocional del relato era sencilla pero muy potente: dejar los odios atrás para evitar futuros conflictos.

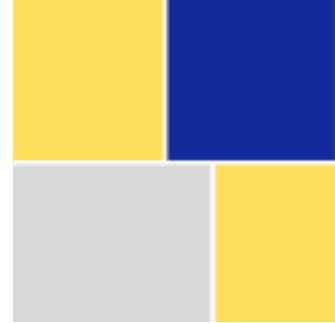
Brexit aparte —resulta un hecho que los británicos siempre mantuvieron su propia narrativa diferencial con respecto al resto del continente—, 70 años después, la Unión Europea es el proceso de integración más innovador y eficaz de la historia de la humanidad. El núcleo del discurso creador fue siempre el de derribar fronteras y unir personas: Schengen, el euro, los fondos de cohesión, la unión bancaria o las becas erasmus son nombres con los que hemos bautizado los distintos capítulos de nuestro éxito compartido. Quedan aún muchísimos flecos (fiscalidad europea, la reforma del sistema común de inmigración, la adopción de futuras competencias en materia de salud para coordinar la respuesta a futuras pandemias...). Pero en lo esencial, podemos afirmar que los objetivos y valores fundacionales de 1950 están hoy superados.

Y quizás, en parte, ahí radica el problema. Siete décadas después, la búsqueda de la preservación de la paz, la democracia y la integración de nuestro continente es un objetivo obsoleto por estar ya prácticamente consolidado. Para las generaciones más jóvenes, se trata en el fondo de un relato agotado. Mi pregunta hoy es: ¿seremos capaces de construir juntos una nueva narrativa que, con los mismos valores, sea capaz de apelar a los ciudadanos de hoy, a sus miedos, incertidumbres y problemas?

Nos lo hemos preguntado en cada punto de inflexión que nos ha regalado la Historia. En todo este tiempo no hemos dejado de avanzar en un proyecto común para el continente —en fases alternativas de expansión/integración—, pero en los últimos 20 años lo hemos hecho siempre a golpe necesidad y con cierta resistencia al cambio: las mayores historias de éxito se han sucedido de madrugada y ante el filo de un precipicio distinto cada vez —financiero, climático o migratorio—. Ya lo anticipó Jean Monet: “Los hombres solo aceptan el cambio resignados por la necesidad y solo ven la necesidad durante las crisis”...

El problema de este avance por reacción es que su relato tiene mucho de política defensiva. Es un ir por detrás en lugar de por delante de los acontecimientos. A menudo los recelos nacionales actuales componen el mosaico de una Europa dispersa, ensimismada en sus múltiples crisis recientes —la última de ellas, la sanitaria...—, donde la respuesta (aunque contundente) siempre se da en el minuto de descuento del partido decisivo.

Algunos autores, como Manuel Castells, entienden que parte de esa resistencia al avance en la integración europea en momentos clave viene motivado por un problema histórico: no haber logrado consolidar un sentimiento de



identidad común europea. "Sin esa identidad común, todo va bien cuando ser europeo tiene ventajas y ningún inconveniente, pero cuando se trata de rascarse el bolsillo para remediar los problemas sociales o económicos de *los otros*, ahí empiezan los problemas. En el caso europeo, se trató de conseguir una identidad-proyecto, es decir, la voluntad de compartir un proyecto común, querer ser europeos por encima de identidades nacionales y descubrirlo por una práctica común en trabajo, estudios, cultura y política.

Sin embargo, se ha acelerado el proceso de integración sin anclarlo previamente en las mentes de los ciudadanos, dejando atrás a sectores como los de mayor edad y los menos educados. La base cultural europea solo refleja la cultura de las élites ilustradas, humanistas, partidarias de la llamada economía social de mercado. Se percibe como un proyecto elitista y tecnocrático impuesto a los ciudadanos sin debate y con escasa consulta. Por eso, en muchos países se ha asimilado globalización a integración europea, con el consiguiente rechazo".


### **Desinformación y otros fantasmas**

Aparte de la fragmentación de puntos de vista nacionales en Europa, nada afecta más a la coherencia del mensaje político en una democracia que el ruido de la desinformación cuando está bien orquestado.

Mucho se ha hablado en los últimos años de cómo las nuevas tecnologías y maneras de consumir información —más de la mitad de los ciudadanos de la UE asegura informarse a través de las redes sociales— han propiciado un auge de las conocidas como *fake news* o noticias falsas: aquellas que recogen historias con una parte deliberadamente fabricada y que se presentan como periodismo con el objetivo de manipular a los lectores, un fenómeno que forma parte de una tendencia descrita como "posverdad". El Parlamento Europeo prefiere utilizar el término desinformación: "toda forma de información falsa, imprecisa o engañosa diseñada, presentada y promocionada públicamente para infligir un daño público o sacar un beneficio".

Es cierto que las campañas de desinformación se hacen cada vez de manera más sofisticada —grupos de whatsapp o facebook, herramientas para priorizar un tipo de información en los buscadores...—, pero no se trata de un fenómeno nuevo.

El mejor ejemplo de desinformación de la Europa moderna fue quizás la campaña del Brexit en Reino Unido de 2016. También destacan las últimas elecciones en EEUU, con algunos ejemplos impulsados por el propio Donald Trump desde su cuenta de Twitter. Aunque cada caso tiene sus particularidades, muchos analistas coinciden en señalar el origen de ambas crisis en los efectos indeseados de la globalización, a los que atribuyen la ola de descontento que terminó promoviendo un debate sobre la soberanía y la identidad, incluyendo la pregunta de cuál es realmente mi lugar en un mundo globalizado.



La crisis sanitaria provocada por la pandemia del coronavirus no ha sido una excepción a esta tendencia. La Comisión Europea ha identificado hasta 2.700 artículos diarios con desinformación. Por citar solo un ejemplo, en Bélgica se registró un aumento del 15% de incidentes de intoxicación por lejía tras las noticias que relacionaban la ingesta de este líquido inflamable con una mayor protección frente al virus. Muy sonadas han sido también las noticias de cómo las instalaciones de 5G ayudan a expandir el virus, o las teorías conspiranoicas sobre el origen del Covid como un microbio fabricado en el laboratorio.

El consumo de este tipo de información nunca resulta inocuo. Tenemos datos suficientes para saber, por ejemplo, que entre 2016 y 2017 se triplicaron los casos de sarampión en la UE (de 4.600 a 14.400) provocada por los efectos de la campaña de desinformación antivacunas.


La pregunta de fondo es qué motivación impulsa este tipo de campañas de desinformación y cuál es el objetivo oculto detrás de todas las noticias falsas. En un interesante informe del investigador Javier Lesaca –encargado por la eurodiputada Maite Pagazaurtundúa durante la pandemia– se analizan más de 300 noticias falsas detectadas durante la crisis del Covid para concluir que todas tienen varios elementos en común:

- escasa trazabilidad de las noticias (sede o autor desconocido, imposible contactar).

- Narrativas comunes: todas incorporan algún elemento falso o intencionalidad maliciosa, que persigue en definitiva romper el contrato social de una democracia liberal. Dichos argumentos suelen además incorporar una fuerte componente anticientífica (mensajes antivacunas, pseudociencia, etc.) y buscan romper la confianza en las instituciones públicas, los símbolos del modelo económico (el euro o el dólar) y los medios de comunicación (acusaciones de tráfico de influencias, malversación de fondos, etc.). Se detectan por último toda una serie de discursos racistas (misoginia, antiLGTBI, islamofobia...) y otros elementos identitarios cuya finalidad es romper la cohesión social.

- Actores involucrados difíciles de identificar pero siempre relacionados con movimientos identitarios o independentistas en Europa, así como movimientos antiliberales en EEUU y en Rusia. Es común ver cómo noticias en webs de extrema derecha en EEUU u Holanda acaban replicándose en webs de extrema izquierda en América Latina, por ejemplo.

Consciente del potencial desestabilizador que este tipo de campañas en Europa, el Parlamento Europeo acaba de aprobar la creación de una novedosa comisión parlamentaria sobre *la interferencia extranjera en los procesos democráticos en la UE, incluida la desinformación*.



En palabras de la eurodiputada Maite Pagaza: “Europa es el símbolo del liberalismo, el Estado moderno y la ilustración. Eso es lo que intentan derribar cuando actúan contra la UE. El corazón del estado de derecho democrático es el pluralismo ideológico”.

De nuevo, la batalla de las narrativas. Solo que algunos juegan haciendo trampas: la lucha contra las noticias falsas y la defensa de la veracidad en la comunicación política europea será un factor clave para anclar el compromiso ciudadano en el futuro de Europa.


### **Un relato para tiempos de pandemia**

Marzo 2020: en mitad del enorme ruido mediático que evidencia el pánico y la falta inicial de coordinación entre Estados miembros para proveer equipamiento médico indispensable a los países más afectados por la incipiente pandemia, un pequeño hospital anclado en los Pirineos ingresa a sus pacientes Covid independientemente de que sean españoles o franceses. Se trata del único hospital binacional de Europa, en la Cerdeña, y en él se hablan tres idiomas. Un par de semanas más tarde, Alemania, Francia y Austria donarán 4 millones de mascarillas y varias decenas de miles de trajes EPI a médicos italianos. En abril, España recibe un cargamento con 10.000 trajes de protección especial de la República Checa y 50 máquinas respiradoras de Alemania. Luxemburgo comienza a ingresar a pacientes Covid graves de la región francesa de Mulhouse y Austria hace lo propio con pacientes italianos.

En apenas tres semanas, tras la llegada de la pandemia a Europa, el Parlamento Europeo (recuerden: más de 700 eurodiputados de 27 países en estado de sitio o emergencia) logra reinventarse en una histórica sesión telemática para aprobar las primeras medidas de emergencia: lanzamiento de un contrato común para hacer acopio de material sanitario, cofinanciación de hasta 18 nuevos proyectos europeos que hoy luchan contra reloj para desarrollar una vacuna –6 de ellos con investigadores españoles– o repatriación en vuelos conjuntos de ciudadanos europeos que se han quedado tirados en terceros países (76.000 ciudadanos hasta mediados de junio).

Sin embargo, a primeros de abril poco se ha escrito de todo esto en los medios de comunicación. Es más probable que el lector solo recuerde las fotos de cajas de mascarillas con la banderita china –imponente su campaña mediática en marzo y abril– o el desafortunado desliz del Primer Ministro Mark Rutte y un camionero holandés.

Es en esas semanas de mayor vulnerabilidad cuando la UE registra un mayor número de noticias falsas contra la solidaridad europea. Y sin embargo, he citado tan solo algunos de las muchos ejemplos de solidaridad ocurridos estos meses entre gobiernos de la UE. He mencionado la flexibilidad de unas instituciones europeas que, espolgadas por los errores de 2008, han ganado una enorme agilidad para ofrecer una respuesta rápida a sus ciudadanos en dos frentes: la gestión de



la crisis médica en caliente (a pesar de no tener capacidad decisoria en política sanitaria) y un ambicioso plan de reconstrucción económica que consiga aliviar ‘la crisis después de la crisis’ a nuestra próxima generación de europeos.

El tiempo lo dirá. Pero aun sin contar con la distancia necesaria para hacer un balance desapasionado de los efectos del coronavirus en la vida de los europeos, los medios de comunicación que en marzo se llenaban de ruido, con razón, hoy deben también reconocer, alto y claro, que hemos visto al mundo girar, una vez más, desde el seno de las instituciones de la UE: hemos confirmado que existe una Europa de reacción rápida, capaz de aprender de los errores del pasado y que ha vuelto a demostrar que su mayor fortaleza es la de convertir cada crisis en oportunidad.

En apenas cuatro meses las instituciones europeas han anunciado el aumento sustancial de los presupuestos habituales de la UE, abriendo la puerta a futuros recursos propios, y han fraguado un nuevo plan de rescate adicional que, de confirmarse, dejará chiquito al histórico plan Marshall escrito con negrita en todos los libros de Historia. Los fondos europeos se otorgarán además con una doble condicionalidad para que las inversiones post-covid mantengan vivas las otras prioridades más urgentes de la Unión: la recuperación verde de una economía más sostenible con el planeta y una transición digital que nos permita volvernos a colocar en el centro de la escena global.


Todo esto con la aspiración de no dejar a nadie atrás —gracias a los fondos de transición justa, programas y mecanismos para recuperar el alma social de Europa, algo magullada en los últimos años—. Y siempre preservando una misma línea roja: el respeto a la democracia y los valores fundamentales de la Unión (baste leer el último tirón de orejas a Hungría en la resolución del Parlamento Europeo de abril, o los esfuerzos anunciados para que el uso del *big data* en Europa lidere la respuesta a futuras pandemias sin comprometer el derecho de privacidad de sus ciudadanos).

Aquí tenemos los mimbres para contar otro capítulo más de la historia de superación de la Unión Europea.

### **El futuro de Europa está en sus respuestas**

¿Cuál es, entonces, la fórmula definitiva para modernizar la narrativa que nos defina como europeos? Si tuviéramos que describir con una sola palabra la entrada del mundo en el siglo XXI, elegiríamos sin duda “globalización”. Y si le buscamos apellidos, añadiríamos el “cambio”, la “velocidad”, o la “incertidumbre” que esta nos ha aportado a lomos de una rapidísima transformación tecnológica.

Los nuevos movimientos populistas de corte eurófono no suman más del 25% de la composición del nuevo Parlamento Europeo, pero están ya presentes en muchos Estados Miembros. Ellos se empeñan en explicar que la UE es sencillamente la culpable de la globalización. Que sin ella —o que saliendo de la



Unión— se terminarían la deslocalización de mi empresa, las mujeres con velo de mi barrio, la sensación de que mis hijos vivirán peor que yo. Desaparecerá el miedo y obtendré respuestas.

¿Pero dejará por ejemplo el Reino Unido en diciembre de este año de vivir en un mundo globalizado?

Europa debe contraponer a este discurso reconfortante y simplista un *nuevo* relato —uno, no 27— con el que hacer frente a los actuales desafíos. No debería hacerlo por oposición, ni por definición de lo que no es, o por reacción a los cambios de otros actores globales, como China o EEUU. A veces la respuesta más directa es la buena: **la Unión Europea es hoy, a pesar de sus errores y de todas las debilidades que esconden sus iniciales, el mejor instrumento con que contamos para hacer frente a los efectos negativos de una globalización desordenada.**


Si asumimos esta sencilla ecuación —a retos globales, soluciones globales— no necesitamos muchos más ingredientes para redefinir una narrativa sólida que motive a los ciudadanos: la UE sirve para hacer juntos lo que *solo* podemos hacer juntos. El resto de objetivos clave irá cayendo por sencilla declinación: el cambio climático, la transformación digital. El envejecimiento de la población, el vaciamiento del campo, la sostenibilidad de nuestro estado del bienestar. Las crecientes desigualdades sociales, los ataques de terrorismo internacional o los grandes desplazamientos de población provocados por conflictos en terceros países. La respuesta ante la próxima pandemia sanitaria. Ante todos estos interrogantes, la respuesta siempre es la misma: juntos.

Y si actualizar el contenido del relato resulta crucial en este punto de la historia de Europa, igual de relevante será poner atención a *la forma* en la que comunicamos.

Reconozcámoslo: desde las instituciones europeas siempre hemos sido muy buenos con el manejo de los datos... y no tanto con la comunicación de las emociones. Hemos respondido a cada reto (la producción agrícola, el mercado común, la ampliación, la homogeneización de los anchos de vía férrea) con kilos de papel en forma de estadísticas, cifras, información y balances. Libros verdes, libros blancos, directivas, reglamentos.

**Quizás haya llegado el momento de abrazar también la parte más emocional de nuestro relato. Transitar de la comunicación efectiva a la comunicación afectiva: de sabernos europeos a *sentirnos europeos*. Y enorgullecernos de ello.**

El pasado 1 de julio echaba a andar la Presidencia alemana de la Unión. Para asegurar el éxito de su gestión y sacar adelante un verdadero plan de recuperación económica tras el Covid, Alemania deberá enfrentarse al verdadero elefante en la habitación: lograr llevar a cabo todas las negociaciones necesarias



evitando la amenaza de una nueva brecha norte-sur, un distanciamiento, económico y emocional, que ya logró dividir Europa en los peores meses de 2008.

Necesitará para ello una fuerte dosis de empatía –para que cada país logre ponerse en la piel y en los zapatos del otro– y mucha inteligencia emocional: para demostrar a los países del norte (*los frugales*) que los intentos de fortalecer el mercado interior van sobre todo en su beneficio propio. Y para demostrar a los países del sur por qué Europa sigue siendo la respuesta.

Tenemos el tiempo justo para recuperar una opinión pública italiana muy deteriorada en su confianza a la Unión Europea. Preocupan las últimas encuestas post-covid, las respuestas de Francia e Italia, cuyos ciudadanos no ven en su mayoría la pertenencia a la UE como positiva (37,9% y 36,7%, respectivamente), y juzgan la actuación de la UE durante la crisis con términos negativos como decepción o fracaso, aunque también coinciden en que la respuesta futura *debe* ser europea (77,4% FR y 84,5% IT).


Como dijo recientemente la Canciller Angela Merkel: “El fondo de recuperación no puede ser la solución a todos los problemas. Pero todos los problemas se agravarán si no logramos aprobarlo”.

Estamos asistiendo ya a pequeños cambios positivos en la forma de entender y comunicar Europa. Hemos visto diferentes primeros ministros escribiendo editoriales o concediendo entrevistas en medios de comunicación de otros países, esforzándose por acercar puntos de vista e identificar elementos de interés común.

Las instituciones europeas están además embarcadas con múltiples acciones en una conversación para empoderar al ciudadano y hacerle protagonista del debate europeo (como lo fueron los jóvenes voluntarios de juntos.eu durante la última campaña electoral de 2019). En los primeros días de abril y en pleno confinamiento el Parlamento creó también una campaña más emocional que resaltaba el compromiso social de la gente (*#Europeoscontraelcovid19*). Las instituciones trabajamos desde hace ya tiempo en definir una estrategia de comunicación basada en el relato, en mostrar menos *señores con corbata* sentados en una cumbre y narrar con ejemplos muy concretos cómo distintos ciudadanos han podido beneficiarse de ayudas europeas para seguir investigando la vacuna o mejorar la situación de una residencia de ancianos.

Por otro lado, tanto políticos como instituciones tenemos además el deber de huir de debates simplistas y llenos de estereotipos. Contrariamente a las tendencias de comunicación actuales, la respuesta a un grado de democracia multinivel tan sofisticada como la de la UE solo puede ser compleja. ¡Y las respuestas complejas no lideran fácilmente las narrativas de un mundo globalizado, la comunicación del click y los 140 caracteres!





Es este otro reto adicional para añadir a la lista. Conocemos bien la atracción de algunos movimientos por narrativas simples, emotivas y absolutas. El blanco y el negro. Las nuevas tecnologías tienen su parte de culpa (el famoso algoritmo que refuerza mi opinión en cada búsqueda en internet, que me retroalimenta). La crisis del actual modelo de financiación de los medios de comunicación –sometidos a la tiranía y competencia del click– tampoco ayuda a trasladar mensajes complejos y bien contrastados. La creación ahora de nuevas plataformas de pago para los medios tradicionalmente abiertos en internet podría llegar a polarizar aún más el discurso para acabar de fidelizar lectores abonados.

No debemos olvidar, en fin, que en este mundo globalizado, veloz y multicapa donde cada ciudadano debe aprender a desenvolverse en sus diferencias esferas de pertenencia –local, regional, nacional, europea–, **el relato europeo es cosa de todos**: no corresponde solo a las instituciones en Bruselas, sino también y en especial a la clase política local y nacional, a los medios de comunicación, a los profesores en las escuelas, a los investigadores y estudiantes de universidad, a los creadores de opinión en redes sociales. Al final, el problema no es tanto que *Europa* no sepa comunicar, sino que los debates nacionales se desentiendan del debate europeo.

El plural siempre resulta de la suma de muchos singulares.